

# LOS CAMPOS DE URNAS EN LA MESETA

*Martín Almagro-Gorbea*

Dentro de la interesante temática de este «Coloquio sobre El Bronce Final y la Edad del Hierro en la Meseta Norte» se ha dedicado una ponencia a los «Campos de Urnas».

Quiero ante todo agradecer, como un honor para mí, el ofrecimiento de hacerme cargo de la misma, así como la oportunidad que supone de estar en contacto con tantos colegas y amigos en el noble marco de esta prestigiosa Universidad de Salamanca<sup>1</sup>.

Por otra parte, al interés personal que desde hace tiempo he sentido por esta problemática, por ser a mi juicio uno de los temas cruciales para la correcta comprensión de los últimos periodos de nuestra Prehistoria, se añade su indudable y renovada actualidad gracias a los recientes estudios realizados durante estos últimos años en la Meseta.

Pero al mismo tiempo quiero expresar las dificultades y vacilaciones personales surgidas a la hora de tratar el tema. Tal vez por falta de suficientes elementos de juicio, tal vez en parte debido a la interpretación de los nuevos hallazgos, al profundizar en el tema de esta ponencia para obtener y dar una visión del estado actual de la cuestión, las conclusiones positivas obtenidas no quedan, en cierto sentido, a la altura de las expectativas. Pero creo que, dado el carácter práctico de este coloquio, el estado de la cuestión resultante sí puede ser útil como tema de discusión y servir de aliciente para futuros trabajos.

Hablar de los C.U. en la Península Ibérica exige una aclaración previa. Esto es, precisar que entende-

mos por C.U., dada la estrecha relación que esta terminología tiene con otros términos utilizados en nuestra Prehistoria, muchas veces de forma análoga o paralela, lo que ha creado un cierto confusiónismo terminológico que indudablemente refleja cierta confusión en los conceptos mismos.

El tradicional empleo, en la Prehistoria de la Península Ibérica, de términos como «indoeuropeos», «celtas», «hallstático», «posthallstático» etc., resulta inadecuado por su ambigüedad y falso sinonismo<sup>2</sup> y no suele ajustarse a los conceptos actualmente admitidos en la Prehistoria Europea<sup>3</sup>. Por tanto, deben en principio rechazarse, lo mismo que otras terminologías aún más indefinidas, como «extrapirenaico» o «centro-europeo» referidas a los mismos fenómenos histórico-culturales y que evidencian la misma o mayor imprecisión terminológica y conceptual. La denominación que actualmente tiende a ser más difundida es la de «campos de urnas» pues parece la más ajustada a los datos culturales bien constatados en el Sur de Francia<sup>4</sup>

<sup>2</sup> DECHELETTE 1912; AGUILERA 1916; BOCH GIMPERA 1921; id. 1922; id. 1922a; DECHELETTE 1927. pp. 170-180; BOSCH GIMPERA 1932; id. 1939; id. 1941; id. 1945; MALUQUER, 1946; MARTÍNEZ-SANTA OLALLA 1946; BOSCH GIMPERA 1951-53; ALMAGRO 1952; PALOL 1958; MALUQUER 1958; ALMAGRO 1958; BELTRÁN 1960; SAVORY 1968; BOSCH GIMPERA 1974; PALOL 1974; BOSCH GIMPERA 1975; BELTRÁN 1978; F. ROMERO, 1984a; G. RUIZ ZAPATERO, 1984, etc.

<sup>3</sup> MOHEN 1980, pp. 10-12; RUIZ ZAPATERO, 1983.

<sup>4</sup> Sobre los C.U. del Sur de Francia, cuyo estudio previo era imprescindible para conocer este fenómeno en la Península Ibérica dada su lógica y estrecha relación, puede verse KIMMING 1954; LOUIS y O. y J. TAFFANEL 1955, 60; SANDARS 1957; SCHULE 1969; GUILAINE 1972; SCHAUER 1975; Colloque XXV del IX Congr. Int UISPP Niza 1976 (pretirada); PERONI y otros 1976, GUILAINE 1972; id. 1976 p. 443 s.

<sup>1</sup> Conste mi agradecimiento personal al Prof. F. Jordá, Decano de la Facultad de Geografía e Historia, y a la Universidad de Salamanca por su invitación para asistir al Coloquio y por su hospitalidad durante el mismo.

y en el NE de la Península Ibérica, donde se extiende el mismo fenómeno cultural. Pero es muy importante que esta terminología se limite a su sentido cultural y geográfico estricto y no se considere, como ya ha comenzado a ocurrir, sinónima de la hasta ahora generalmente deficiente o en todo caso confusa utilización de las otras terminologías, es decir, siempre que se use en el sentido concreto y propio de su significado que recientemente va quedando cronológica, geográfica y culturalmente bien determinado<sup>5</sup>.

En consecuencia, al abordar la problemática de esta ponencia, es preciso recordar que por C.U. sólo se debe entender aquellos fenómenos cuya pertenencia a dicha cultura está demostrada explícitamente, rechazando la utilización de esta terminología para otras circunstancias entre las que se deben incluir todos los «influjos» o «formas» consideradas más o menos imprecisamente «relacionadas» con los «C.U.» Si aceptamos esta necesaria aclaración, al reducir también en la Meseta el uso de C.U. a su sentido estricto y correcto, el tema de esta ponencia resulta enormemente limitado.

En efecto, según los conocimientos actuales, la expansión de los C.U. en la Península Ibérica, evidenciada por cerámicas, escasos bronceos y en especial por el característico rito de incineración en urna, sólo se extiende por todo el NE. de la Península Ibérica, centrándose en Cataluña, el Valle del Ebro Oriental, aproximadamente al Este de la Sierra de Alcubierre y del río Martín y, tal vez, el norte de la Región Valenciana. Por ello el término utilizado de “C.U. del NE de la Península Ibérica”. En esta área cultural los más recientes estudios permiten distinguir una fase de C.U. Antiguos, otra de C.U. Recientes y una tercera, o C.U. Tardíos o del Hierro, que constituye una perduración ya en sí discutiblemente incluíble en los C.U. en sentido estricto y que enlaza, sin solución de continuidad, con el inicio de la Cultura Ibérica, de la que constituye el substrato cultural en todo el NE Peninsular. Estas fases representan, con variaciones locales interrelacionadas, una etapa de aparición, otra de arraigo y expansión y una última de perduración y transformación de esta cultura<sup>6</sup>.

Fuera de esta zona, el uso del término de C.U. resulta problemático y muchas veces equívoco y, en todo caso, utilizable solamente para algunos materiales aislados siempre que se expliciten y demuestren sus

relaciones concretas o su filiación directa con la Cultura de los C.U.

Esta cuestión ya es particularmente aplicable al Valle del Ebro. Los recientes estudios<sup>7</sup> especialmente la síntesis de Ruiz Zapatero<sup>8</sup> confirman en dicha región la expansión de elementos culturales procedentes de los C.U. del NE de la Península Ibérica. Sin embargo, conviene tener en cuenta que los grupos derivados, tanto en el Ebro Medio como especialmente en el Alto, carecen de las cerámicas y metales de tipología propia de los verdaderos C.U., y tal vez a causa de su baja cronología, ni siquiera se conoce por ahora una sola necrópolis auténtica de campos de urnas, pues las de La Torraza (Valtierra)<sup>9</sup> y La Atalaya (Cortés)<sup>10</sup> ofrecen materiales que por su tipología y cronología no permiten su inclusión en la cultura de los C.U. convencionales. Incluso se ha señalado, por el contrario, la existencia de inhumaciones en fosas<sup>11</sup> que junto a las icineraciones en monumentos tumulares en las zonas pirenaicas<sup>12</sup> nada tienen que ver con los C.U. en sentido estricto. Por ello el Medio y Alto Valle del Ebro, así como el área Pirenaica, más parecen reflejar un fenómeno cultural paralelo al que ciertamente ofrece la Aquitania, donde el substrato local del BF asimila elementos originarios de los C.U. y del mundo hallstático, dando lugar al desarrollo de una cultura de carácter periférico con marcada personalidad propia<sup>13</sup>.

Aún aceptando la evidente relación de filiación cultural con los auténticos C.U. de la Península Ibérica, el peso del propio substrato local del Bronce, los evidentes influjos Aquitanos y de la Meseta, la más tardía cronología y fenómenos de deriva o de evolución cultural interna hacen impropio el uso de la terminología de «C.U.» para dichas zonas, salvo en un sentido muy amplio que no deja de ser equívoco y que llevaría al mismo peligro y confusión que ha producido el uso de términos como el de «hallstático», cuyo rechazo resulta afortunadamente cada día más general<sup>14</sup>.

<sup>5</sup> ALMAGRO GORBEA, 1977; RUIZ ZAPATERO, 1983.

<sup>6</sup> ALMAGRO GORBEA 1977; RUIZ ZAPATERO, 1983.

<sup>7</sup> MALUQUER DE MOTES 1971; CASTIELLA 1976.

<sup>8</sup> RUIZ ZAPATERO, 1983, pp. 535-675.

<sup>9</sup> MALUQUER DE MOTES, 1957a.

<sup>10</sup> MALUQUER DE MOTES y L. VÁZQUEZ DE PARGA, 1957.

<sup>11</sup> A. CASTIELLA 1977, pp. 205-6.

<sup>12</sup> BLOT, 1979; MOHEN 1980 p. 112 s.

<sup>13</sup> MOHEN 1980 p. 213-20.

<sup>14</sup> MALUQUER DE MOTES 1971 p. 109; MOHEN, 1980 pp. 10-12.

Por ello, el empleo del concepto y término de C.U. en el Medio y Alto Ebro, en el estado actual de la investigación, es muy discutible y a nuestro juicio prudentemente desaconsejable, siendo mejor considerar una Cultura del Hierro del Ebro que tal vez sería mejor denominar como «Cultura Redal-Cortes» por los yacimientos más característicos.

El mismo problema que plantea el cambio cultural y, por tanto, terminológico entre el Medio y el Alto Ebro en relación con los C.U. del NE, se plantea también y con más gravedad entre el Valle del Ebro y el Sistema Ibérico en relación a la Meseta. Junto a evidentes elementos comunes que indican lógicos contactos y relaciones culturales multidireccionales, se aprecia un claro cambio en la cultura material, cualitativa y cuantitativamente mensurable, al menos en lo que respecta a los elementos relacionables o derivados de los C.U. del NE. Ello obliga a una neta diferenciación cultural, que se debe interpretar como consecuencia de la transformación relacionada con la expansión de dichos elementos, sin necesidad siquiera de entrar en el modelo explicativo de dicho fenómeno de expansión cultural.

En este cuadro que acabamos de esbozar para analizar el problema de los C.U. de la Meseta objeto de esta ponencia, se podría plantear, en primer lugar, examinar qué han entendido en la Meseta los diversos autores al referirse a C.U. o emplear terminologías «análogas» como culturas «hallstáticas», «celtas», etc.<sup>15</sup> Esta es una labor historiográfica ciertamente interesante y que ayudaría mucho a resolver la confusión terminológica y conceptual existente en la actualidad, pero este análisis rebasaría por su extensión las posibilidades de esta ponencia.

Por ello parece más lógico y eficaz examinar aquellos elementos culturales que según distintos autores caracterizan a los C.U. de la Meseta y que permitirían mantener dicha atribución, analizando la relación que tales elementos tienen en los C.U. del NE de la Península Ibérica para poder deducir en consecuencia si existen auténticos C.U. en la Meseta.

## Elementos de los C.U. en la Meseta

El elemento propio y más característico de los C.U. que en la Meseta mejor permitirían atestiguar su

<sup>15</sup> Muy significativo en este aspecto sería repasar las obras citadas en la nota 2. Añádese las obras más recientes, CERDEÑO, 1979; F. ROMERO, 1984a; G. RUIZ ZAPATERO, 1984, etc.

presencia y precisar sus relaciones serían las necrópolis de «campos de urnas», es decir, de incineración en urna, tan bien atestiguadas en el Languedoc y el NE peninsular<sup>16</sup>.

Los escasos yacimientos de estas características a veces señalados en la Meseta, exigen, sin embargo un examen crítico dentro del estado actual de la investigación.

La necrópolis con características de «campos de urnas» en la Meseta de cronología más antigua, aunque apenas conocida, parece ser la de Munera (Albacete)<sup>17</sup> aparecida junto al río Caracoles, a 4 m. de profundidad. Ofreció varias urnas carenadas o subcarenadas con cuello vertical, con sus tapaderas y vasos de ofrendas de carena alta y un brazaete de piedra en el interior de una de ellas.

En relación con este hallazgo se podría considerar, por sus características topográficas y tipológicas, el yacimiento de «La Vega» de Arenas de San Juan (Ciudad Real)<sup>18</sup> situado igualmente junto a un río, en este caso el Gigüela. Aparecieron varios vasos de cerámica en el interior de pequeñas fosas ... con «posible carácter de necrópolis, quizás de incineración», como textualmente se recoge en su publicación, lo que se confirmaría por su parecido tipológico en las sepulturas antiguas de Castellones de Ceal asociadas a fíbulas de doble resorte y placa<sup>19</sup> bien fechadas en el Guadalquivir en el siglo VII a. de C. avanzado o a inicios del siglo VI a. de C.<sup>20</sup> y que constituye un punto intermedio entre Sureste y La Mancha.

Los materiales de «La Vega» dados a conocer, tres cuencos y un vasito de ofrendas, ofrecen la característica carena alta con el borde bien señalado que recuerda los de Munera.

Estos materiales parecen constituir parte de un creciente conjunto de hallazgos de características relativamente afines. No nos atreveríamos a considerarlos definitivamente como C.U. como ya lo han hecho prestigiosos autores<sup>21</sup> aunque constituyen enterramientos de incineración en urna cuya localización geo-

<sup>16</sup> Vid. supra notas 4 y 5.

<sup>17</sup> BELDA, 1963.

<sup>18</sup> NÁJERA y MOLINA 1977 p. 279 f. 16. La cronología del siglo IX-VIII a. C. propuesta debe ser rebajada a juzgar por los paralelos conocidos en el Guadalquivir.

<sup>19</sup> BLANCO 1959 pp. 26-27, f. 45-46 y f. 48-9 y 53.

<sup>20</sup> AUBET 1981 p. 147 f. 23, 5.

<sup>21</sup> SIRET 1903 p. 408-9 lám. I. 6 E; BOSCH GIMPERA 1935 I. 5, 3; BOSCH GIMPERA 1953 p. 190 I. II, 3; BOSCH GIMPERA 1953 p. 190 I. II, 3; ALMAGRO 1952 p. 203-6; FLETCHER y otros 1978 f. 1, 1.

gráfica desde Almería y Granada hasta Alicante y La Mancha permitiría hablar de unos «C.U. del Sureste» con personalidad propia.

Actualmente estas necrópolis se documentan en Crevillente (Alicante)<sup>22</sup>, Parazuelos (Aguilar, Murcia)<sup>23</sup>, Campos (Cuevas de Almanzora, Almería)<sup>24</sup>, Almizaraque (Villaricos)<sup>25</sup>, Boliche (Herrerías, Villaricos)<sup>26</sup>, Cañada Flores (Cabezo Colorado)<sup>27</sup>, Los Caporchanas (Garrucha, Vera)<sup>28</sup>, Qurénima y Barranco Hondo (Antas)<sup>29</sup>, Caldero de Mojácar<sup>30</sup>, Las Alparatas y Cuartillas (Mojácar)<sup>31</sup> y Pozas de Marchantillo (Tabernas)<sup>32</sup>.

Con ellos se pueden relacionar enterramientos de Los Millares (Sta. Fe de Mondújar)<sup>33</sup>, de Gorafe<sup>34</sup> y de Fonelas<sup>35</sup>, con la salvedad de que en éstos la inhumación parece ser evidente, por lo que podrían representar una tradición inhumadora del substrato local, incluso reutilizado monumentos megalíticos, sobre la que aparecen la incineración en urna que acaba por ser dominante, hecho que explicaría la aparición en cistas de algunas de estas incineraciones.

Aunque para estas necrópolis se han defendido fechas a partir del año 1000 a. de C.<sup>36</sup> y aún anteriores<sup>37</sup> e incluso un origen mediterráneo<sup>38</sup>, no se ha podido demostrar nunca una procedencia extrapeninsular concreta. Por otra parte no conviene olvidar su posible filiación con los C.U. del NE pues hay que valorar la creciente aparición hasta el Sureste de elementos cerámicos, ciertamente aislados pero de fecha muy temprana, de los verdaderos C.U. del NE. Actualmen-

te éstos se localizan en Crevillente<sup>39</sup>, Los Saladares<sup>40</sup>, Mola de Agres<sup>41</sup>, tal vez en El Macalón<sup>42</sup> y Galera<sup>43</sup>. Todos estos yacimientos ofrecen materiales cerámicos que se pueden fechar en relación con el inicio de los C.U. Recientes del NE, por ofrecer formas típicas o relacionadas con urnas de tipo Can Missent II-III<sup>44</sup>. Pero las características tipológicas de las urnas del SE y la Meseta con perfil en S o cuello vertical sólo se aproximan a algunos tipos avanzados de los C.U. del NE ya de la Edad del Hierro, especialmente alguna forma del Levante<sup>45</sup> e incluso de Cataluña<sup>46</sup>.

La asociación frecuente de urna con tapadera como elemento del rito, aunque éstas no sean troncocónicas sino adaptadas a los cuencos de cárena alta de tradición meridional, parece confirmar la identidad del rito con los C.U. del NE. Además, el ajuar conocido de algunas sepulturas, como fíbulas de doble resorte, cuentas de oro, bronce, vidrio y cornalina, pasadores de collares, pulseras decoradas o acabadas en bolas, torques etc.<sup>47</sup>, indica igualmente fechas difícilmente remontables más allá del siglo VIII-VII a. de C.

La asociación de dos sepulturas, pero generalmente de 6 a 10 y, a veces, hasta 15 ó 20, parece indicar que constituyen pequeños grupos que se entierran preferentemente en colinas dominando de cerca zonas cultivadas<sup>48</sup>. La simultaneidad de inhumación e incineración<sup>49</sup>, el empleo ocasional de cistas en vez de hoyos y la eventual reutilización de monumentos megalíticos anteriores<sup>50</sup> ya se ha sugerido que probaría el carácter culturalmente mixto de estas gentes que, junto a elementos originarios de los C.U., evidencian un claro componente local. Su cronología hacia los siglos VIII-VII a. de C. que se deduce de los ajuares conocidos, quedaría bien confirmada por los recién-

<sup>22</sup> GONZÁLEZ PRATS, 1983 p. 123 s. f. 24.

<sup>23</sup> SIRET 1890 p. 63-4, 1. 6 1 a 3; MOLINA 1978 p. 27.

<sup>24</sup> SIRET 1890 l. 10, 18-27 y 60-3.

<sup>25</sup> SIRET 1908 pp. 429-31 f. 32, 1-2; BOSCH GIMPERA 1953 I II, 3.

<sup>26</sup> OSUNA y REMESAL 1981 p. 373 s.

<sup>27</sup> SIRET 1908 f. 32 y 15, 9; MOLINA 1978, p. 192-3.

<sup>28</sup> M. ALMAGRO BASCH 1952 p. 205 f. 176; MOLINA 1978 p. 193.

<sup>29</sup> SIRET 1980 p. 81-5 1, 12; MOLINA 1978 p. 192.

<sup>30</sup> SIRET 1890 p. 82 s l. 12, 1.

<sup>31</sup> MOLINA 1978 p. 191.

<sup>32</sup> M. ALMAGRO BASCH 1952 p. 205, f. 176; MOLINA 1978 p. 190.

<sup>33</sup> MOLINA 1978 p. 188-9.

<sup>34</sup> MOLINA 1978 p. 177-8.

<sup>35</sup> FERRER 1977 p. 186-9 f. 8-11.

<sup>36</sup> H. SCHUBART 1975 p. 149; MOLINA 1978 p. 208 y 213.

<sup>37</sup> FERRER 1977 p. 198, a pesar del clavo con ojal tipo Huelva (f. 10, 2).

<sup>38</sup> MOLINA 1978 p. 208; ARTEAGA 1978 a p. 19 y 26-27.

<sup>39</sup> GONZÁLEZ PRATS 1983 Tabla.

<sup>40</sup> ARTEAGA 1976 p. 183; id, 1980.

<sup>41</sup> GIL MASCARELL 1981 p. 20.

<sup>42</sup> GARCÍA GUINEA y SAN MIGUEL 1964 p. 41 f. 24, 16.

<sup>43</sup> SÁNCHEZ MESEGUER 1969 p. 91 f. 20, 76. Aparece en el estrato IX, justo bajo el VIII-IX que ofrece retícula bruñida y cerámica a torno lo que indicaría una fecha no alejada del VIII a. de C.

<sup>44</sup> M. ALMAGRO GORBEA 1977 p. 106 f. 2.

<sup>45</sup> BOSCH GIMPERA 1953 l. I, 1.

<sup>46</sup> PALOL 1958, tablas IX y X; ALMAGRO GORBEA 1977 f. 17.

<sup>47</sup> SIRET 1908 p. 430-31; Id. 1913 p. 409.

<sup>48</sup> SIRET 1913 p. 409.

<sup>49</sup> SIRET 1913 p. 409; id. 1909 p. 430; Inhumaciones paralelas se han señalado en Gor (MOLINA 1978 p. 177-8) y Los Millares (MOLINA 1978 p. 188-9).

<sup>50</sup> SIRET 1913 p. 409.

cientes hallazgos de Crevillente<sup>51</sup> donde incluso aparece la decoración incisa de estas cerámicas almerienses<sup>52</sup>, pues fechas anteriores, a veces propuestas, carecen de argumentos firmes de apoyo.

También se ha señalado ocasionalmente el paralelismo de estas cerámicas con otras andaluzas como una urna de Cástulo<sup>53</sup> o las urnas de Setefilla<sup>54</sup> pero la tipología de estas piezas resulta diferente aunque cabría suponer una adaptación a formas cerámicas locales. Más atrayente es la existencia de incineraciones en urnas en algunos puntos aislados de Portugal, como los de Nova Velha (Ourique), depuestos secundariamente en un dolmen, con cuentas de oro y cerámica pintada de tipo «Carambolo»<sup>55</sup>, o el incierto campo de urnas de Alpiarça<sup>56</sup>, tantas veces citado como documento de la llegada de celtas a Portugal<sup>57</sup> pues otros hallazgos señalados difícilmente pueden ser valorados en este sentido<sup>58</sup>.

En este cuadro, las necrópolis meseteñas de incineración de tipo Munera representarían una primera y problemática aparición de campos de urnas en la Meseta, pero, por sus características, reflejarían en todo caso un fenómeno de aculturación local extendido hasta áreas meridionales, que no parece haber sobrepasado hacia el Norte la región manchega y que puede ser independiente de los auténticos C.U., esto es, no estar directamente relacionados con la cultura de C.U. centroeuropeos por lo que no nos atrevemos a denominarlos «C.U. del SE».

Otro ambiente cultural distinto, también a veces considerado como C.U., es el que se refleja en la fase inicial de las necrópolis de tipo Alto Duero-Alto Jalón-Carrascosa I que se extienden por el Sistema Ibérico y zonas orientales de la Meseta y que por sus características constituyen un fenómeno cultural bastante unitario<sup>59</sup>. Estas necrópolis constituyen la fase inicial de las *necrópolis celtibéricas*, denominación que consideramos la más adecuada dada su unidad cultural y su

perduración hasta época avanzada, incluso llegando en ciertos casos a la romanización. Esta denominación de «celtibéricos» que en ocasiones se ha aplicado sólo a las fases más avanzadas, es preferible a la de «post-hallstáticas», término que resulta más discutible tanto cronológica como culturalmente y que enmascara la continuidad cultural de estos yacimientos.

Pero lo que aquí interesa es el problema de sus orígenes para poder examinar su posible filiación cultural con los C.U. En este sentido se plantea la necesidad de un examen crítico de la fase más antigua, esto es, la que corresponde a sepulturas con cerámicas exclusivamente a mano que caracteriza el inicio de estas necrópolis, y que son los materiales que más raramente han llegado hasta nosotros.

Para abordar eficazmente el análisis del origen de estos yacimientos, caben dos hipótesis interpretativas. Una primera hipótesis sería la tradicional de suponer la llegada de elementos humanos trayendo consigo ya formado el complejo cultural que evidencian estas necrópolis, lo que exigiría comprobar su origen, vías y proceso de llegada. Con tantos matices como autores han abordado este tema, es la tesis tradicional de la invasión o invasiones célticas<sup>60</sup>. Otra hipótesis sería suponer que dicho sistema cultural obedece a una formación compleja, lo que plantea el problema del origen de sus diversos componentes y la necesaria explicación de su formación. Esta tesis supondría una visión evolutiva del substrato por efecto de fenómenos de aculturación<sup>61</sup>. Por tanto, analizamos seguidamente aunque de forma somera, el ritual y el ajuar cerámico y metálico de estas necrópolis como elementos que permiten un análisis más preciso desde este punto de vista.

Los ritos funerarios son poco expresivos en este sentido. Los enterramientos de urnas en hoyo con su ajuar es el rito más característico de todos los «campos de urnas», perdurando incluso en culturas posteriores como Cultura Ibérica, que continuaron con el sistema de incineración hasta época romana.

La referencia al uso de auténticos túmulos no parece haberse demostrado suficientemente, o al menos, nunca se han podido estudiar su estructura construc-

<sup>51</sup> GONZÁLEZ PRATS 1983 p. 123 s.

<sup>52</sup> GONZÁLEZ PRATS 1983 p. 71-5 f. 16-8 y p. 109 s. Compárese con piezas de Los Saladares (O. ARTEAGA 1980 f. 22, 31 y 37; p. 108).

<sup>53</sup> MILLÁN 1961.

<sup>54</sup> AUBET 1981 p. 134-6.

<sup>55</sup> SCHUBART 1971 f. 16.

<sup>56</sup> MENDES CORREA 1935; G. MARQUES, 1972.

<sup>57</sup> BOSCH GIMPERA 1933.

<sup>58</sup> GONZÁLEZ PRATS 1983 p. 132; MOLINA 1978 p. 214.

<sup>59</sup> AGUILERA y GAMBOA 1909; id. 1916; DECHELETTE, 1912; BOSCH GIMPERA, 1932; SCHÜLE, 1969; ALMAGRO GORBEA, 1978 146-151; F. ROMERO, 1984a, p. 68 s.

<sup>60</sup> Vid. supra, nota 2. Sobre la actual discusión teórica sobre el concepto de invasión en el registro arqueológico G. RUIZ ZAPATERO, 1983.

<sup>61</sup> Como modelo para esta tesis pueden señalarse el fenómeno cultural, hasta cierto punto paralelo, de la formación de la cultura ibérica, M. ALMAGRO GORBEA, 1983.

tiva<sup>62</sup>. Por ello no se puede argumentar paralelismos con los túmulos del Bajo Aragón y del Segre por falta de elementos de juicio y lo mismo se puede señalar respecto a los enterramientos tumulares de la Aquitania<sup>63</sup>, debiéndose considerar, en todo caso, la existencia ocasional de encachados tumulares de difícil paralelización.

Un caso especial, muy aislado en el estado actual de nuestros conocimientos, son los campos de túmulos de Pajaroncillo, cuya relación con los túmulos del Bajo Aragón se impone por ser el único paralelo peninsular admisible, pero los rasgos locales predominan netamente en sus características: alta concentración de túmulos, tamaño de monumento, jerarquización, estructuras constructivas y ajuares, etc.<sup>64</sup>.

Respecto a la alineación de estelas y sepulturas atestiguadas en ciertas necrópolis parece tratarse de un rasgo local cuya cronología inicial aún es difícil de precisar, pero en todo caso, sin paralelos admisibles en todo el ámbito de los C.U. y culturas relacionadas del Suroeste de Europa<sup>65</sup>.

El análisis del ajuar también es significativo.

El ajuar cerámico está formado básicamente por una urna cineraria, a veces con su correspondiente tapadera, y sólo en ocasiones con algún vaso de ofrendas.

Las urnas ofrecen formas casi exclusivamente lisas con tendencia general a perfiles en S. En ocasiones ofrecen pie, pero la base suele ser predominantemente plana. A veces aparecen mamelones circulares o rectangulares perforados horizontalmente. Estas formas sólo cabe relacionarlas con las urnas de las denominadas C.U. del NE de las fases del Hierro, es decir, los elementos que representan la última perduración de los C.U. del NE<sup>66</sup>. Sin embargo, incluso esta relación es vaga, sin posibilidad de establecer relaciones tipológicas concretas con áreas o grupos determinados. Excepcionalmente se ha documentado la existencia de decoración de acanalados<sup>67</sup> o de bollitos

o de dígitos rehundidos<sup>68</sup> pero los paralelos aducidos en la cultura de los C.U., además de tratarse de casos aislados, sólo evidencian, en todo caso, perduraciones de elementos propios de dicha cultura.

Un problema distinto plantean las cerámicas pintadas que aparecen en las necrópolis de Carrascosa<sup>69</sup> La Hinojosa<sup>70</sup> Ogmico<sup>71</sup> y Molina<sup>72</sup>. Su estudio se va enriqueciendo con crecientes opiniones<sup>73</sup> y, en especial, con nuevos hallazgos que permiten precisar cada día mejor nuestros conocimientos y la estrecha relación entre poblados y necrópolis<sup>74</sup>.

Si la sintaxis decorativa es cada día más rica y por ello más compleja de analizar, las formas de los vasos se reducen a raras urnas (Valle del Ebro y Carrascosa), cuencos troncocónicos (Carrascosa, La Hinojosa, Molina y Riosalido) y generalmente pequeños vasos en forma de casquete, carenados o de borde reentrante que coinciden con la forma de la mayoría de los vasos de ofrendas de las necrópolis y de los vasos «para beber» de los poblados<sup>75</sup>. Para la variada sintaxis decorativa de tipo geométrico de esta cerámica es difícil determinar un origen, y el mismo problema plantean las variadas técnicas de pintura, asociada en ocasiones al grafito, lo que supone una relación al menos parcial con el fondo tecnológico de la cerámica de C.U.<sup>76</sup>. Pero las formas permiten deducir una dualidad de origen cultural manifiesta. Los cuencos troncocónicos y las urnas pertenecen al repertorio tipológico característico de los C.U., especialmente de las fases del Hierro, es decir, de la tradición continuadora de los últimos C.U.. Recientes<sup>77</sup>. Por el contrario, los pequeños cuencos, como tan bien se evidencian en Carrascosa, proceden de un fondo tipológico que hunde sus raíces en el Bronce local<sup>78</sup> y, especialmente,

<sup>68</sup> M. CERDEÑO, 1981 f. 5; id. 1981 a f. 5; id., 1983 p. 286, etc.

<sup>69</sup> M. ALMAGRO GORBEA, 1969 p. 110 s.

<sup>70</sup> C. GALÁN, 1980, p. 10 148 y 162.

<sup>71</sup> Pieza inédita conservada en el M.A.N.

<sup>72</sup> M. CERDEÑO, 1981 a f. 16.

<sup>73</sup> J. MALUQUER DE MOTES, 1957; P. ATRIAN, 1961; M. ALMAGRO GORBEA, 1969 p. 110-4; id., 1976 b p. 458-461; S. VALIENTE 1971; GONZÁLEZ PRATS, 1983.

<sup>74</sup> Véase nota anterior. D. FERNÁNDEZ GALIANO, 1979 pp. 42-6 l. 12-18; S. VALIENTE, 1982.

<sup>75</sup> M. ALMAGRO GORBEA y D. FERNÁNDEZ GALIANO, 1980; S. VALIENTE, 1982 f. 7.

<sup>76</sup> M. ALMAGRO GORBEA, 1977b pp. 458-461; S. VALIENTE, 1982; GONZÁLEZ PRATS, 1983.

<sup>77</sup> M. ALMAGRO GORBEA, 1977.

<sup>78</sup> M. ALMAGRO GORBEA 1969 p. 107 s.; S. VALIENTE, 1982 p. 123 s.

<sup>62</sup> M. ALMAGRO GORBEA, 1973 p. 101 s., M. CERDEÑO, 1981.

<sup>63</sup> MOHEN, 1980 p. 111 s.

<sup>64</sup> M. ALMAGRO GORBEA, 1973.

<sup>65</sup> AGUILERA y GAMBOA, 1916; CABRÉ, 1942; CUADRADO, 1968 p. 45-7.

El origen de este particularismo del ritual funerario pudiera estar en las necrópolis ibéricas y en las estelas que rematarían algunas de sus tumbas como elemento de prestigio y de señalización de la sepultura, G. MOROTE, 1981; M. ALMAGRO GORBEA, 1983b; id. 1983c. p. 275 s.

<sup>66</sup> M. ALMAGRO-GORBEA 1977, op. cit. n. 5.

<sup>67</sup> C. GALÁN, 1980 p. 159, f. 7, l. 5.

los cuenquecillos carenados hacen pensar en el influjo de los cuencos carenados, forma cerámica tan característica de todo el Bronce Final de la mitad meridional de la Península Ibérica e incluso de la tradición de la propia cultura de Cogotas I de la Meseta<sup>79</sup>.

También conviene examinar la problemática del ajuar metálico de esta necrópolis.

Entre los elementos tipológicos de más segura cronología antigua y, por tanto de la fase inicial, destacan las fíbulas de doble resorte de puente liso<sup>80</sup> y los broches de cinturón de tipo Acebuchal<sup>81</sup>, que aseguran para el inicio de estas necrópolis una fecha en pleno siglo VII a. de C. sin mayor precisión posible. Otros objetos, como los adornos de espirales y de placas de bronce<sup>82</sup> confirmarían, por su origen, esa cronología, así como tal vez las espadas de antenas, si bien estos objetos perduran ya hasta pleno siglo VI a. de C. e incluso fechas posteriores, lo que deja incierta la cronología de su introducción<sup>83</sup>.

Las espadas de antenas, así como los cuchillos afalcatados y las lanzas, documentarían el pleno conocimiento del hierro desde la fase inicial de estas necrópolis<sup>84</sup>, hecho que cabe relacionar con la aparición de fíbulas de doble resorte y permitiría suponer contactos con el ámbito colonial mediterráneo para el origen de este metal<sup>85</sup>, si bien la procedencia del tipo de espada de antenas y de los adornos de espirales y de placas podría indicar la adopción de la tecnología del hierro en un lugar independiente y un momento anterior a los posibles contactos coloniales<sup>86</sup>.

Pero para bien abordar estos problemas es esencial determinar el origen de los elementos que integran el ajuar de estas necrópolis, tema difícil y probablemente complejo. La contribución más importante a su esclarecimiento sigue siendo la valiente síntesis de Schüle. Pero el origen único de todos estos elementos más parece haberse deducido de su hallazgo conjunto en estas necrópolis que de una filiación unitaria obtenida del análisis de la tipología de los mismos.

Los broches de cinturón de tipo Acebuchal aparecen por toda la Península, menos en el NW<sup>87</sup>, así como en el Languedoc y Aquitania<sup>88</sup> y se consideran de origen «hallstático» incierto<sup>89</sup> aunque no se deban olvidar los claros precedentes orientales que han podido llegar directamente con los contactos coloniales por el Mediterráneo<sup>90</sup>. Las fíbulas de doble resorte son de seguro origen fenicio colonial<sup>91</sup> habiendo penetrado desde la costa hacia el interior a partir del siglo VII a. de C., probablemente con los pequeños cuchillos de hierro afalcatados.

Para los adornos de espirales se ha indicado un origen nordbalcánico en el horizonte de Posamenterie y para los de placa, origen hallstático itálico<sup>92</sup> habiéndose supuesto su llegada a la Península Ibérica en relación con el «horizonte de los arneses de caballo»<sup>93</sup>, hipótesis sugestiva pero que no resuelve el gran vacío cronológico y geográfico entre prototipos y ejemplares peninsulares.

Por último, las espadas de antenas tienen sus prototipos en el Languedoc<sup>94</sup>, Cataluña y el Valle del Ebro<sup>95</sup>, esto es, en la fase de perduración en el Hierro de los C.U. del NE, con algún paralelo en la Aquitania<sup>96</sup>, evidenciando la relativa complejidad e intercambio de influjos en este artesanado.

Si estos datos, que son los actualmente accesibles, los intentamos contrastar con la doble hipótesis alternativa propuesta, el resultado no es muy alentador.

Ni el ritual ni las formas cerámicas permiten suponer una llegada en común de estos elementos, pues en el actual estado de nuestros conocimientos, no se puede rastrear objetivamente sus zonas de paso ni siquiera plantear su lugar concreto de origen, salvo las relaciones, amplias e imprecisas, de los C.U. del NE de la Edad del Hierro con la cultura del Hierro de Cortes de Navarra e incluso con el Hierro de Aquitania, insuficientes en todo caso para ser utilizados como argumento. Y el ajuar metálico tampoco es más esclare-

<sup>79</sup> M. ALMAGRO GORBEA y D. FERNÁNDEZ GALIANO 1980.

<sup>80</sup> E. CUADRADO, 1963 pp. 19-27, mapa 2; W. SCHÜLE, 1969 p. 145 mapa 21; J.L. ARGENTE 1974 pp. 148-158.

<sup>81</sup> W. SCHÜLE, 1969 mapa 18; M. CERDEÑO 1978 p. 284 f. 1 y 7.

<sup>82</sup> W. SCHÜLE, 1969 pp 115 s. y 139-142, mapa 31-32.

<sup>83</sup> W. SCHÜLE, 1969 p. 815; J.L. MOHEN, 1980 pp. 61-4; M. RUIZ GÁLVEZ, 1980.

<sup>84</sup> M. CERDEÑO, 1979 f. 3; M. ALMAGRO GORBEA, 1983 p. 441 nota 68.

<sup>85</sup> G. RUIZ ZAPATERO 1983 pp. 846-860.

<sup>86</sup> W. SCHÜLE 1969 p. 57; 115 s.; 139 s. etc.

<sup>87</sup> Véase nota 81.

<sup>88</sup> J.P. MOHEN 1980.

<sup>89</sup> W. SCHÜLE 1969 p. 133; I. KILIAN-DIRLMEIER, 1972, p. 100 l. 92 B.

<sup>90</sup> E. CANER, 1983, p. 198-9 l. 81.

<sup>91</sup> M. ALMAGRO BOSCH 1966 p. 222 s.; M. ALMAGRO GORBEA, 1983 p. 442 nota 68.

<sup>92</sup> Véase nota 82.

<sup>93</sup> W. SCHÜLE 1969 p. 41 s. y 172-4.

<sup>94</sup> W. SCHÜLE, 1969 p. 89 s.; A. COFFYN, 1974.

<sup>95</sup> W. SCHÜLE, 1969 p. 89 s. G. RUIZ ZAPATERO, 1983 p. 895 s.

<sup>96</sup> J. P. MOHEN, 1980 p. 61 s.

dor en este sentido, pues su origen es variado y no se conocen sepulturas fuera de la región cuyo ajuar permita determinar el origen conjunto y las vías de paso hasta la Meseta de estos elementos.

La mejor hipótesis alternativa sería suponer que todos los elementos integrados en este sistema cultural obedecen a una formación compleja, lo que exime de buscar sus vías de llegada conjunta, pero esta hipótesis plantea la necesidad de encontrar una explicación suficiente para el proceso de su formación.

En este sentido la aparición en estas zonas del rito de «campos de urnas» se explica perfectamente por la continua e ininterrumpida expansión del mismo hasta época romana. Sus precedentes directos pueden situarse en los C.U. del NE que ofrecen, ya en la fase de perduración en la Edad del Hierro, los mejores paralelos para estos ritos y cuya expansión por el Medio y Alto Valle del Ebro y por el Sistema Ibérico parecen cada vez mejor documentada.

En relación con la expansión del rito puede aventurarse la explicación de la difusión de las formas cerámicas conexas: urnas y tapaderas. Es ley general la difusión conjunta de todo elemento material con su significado ideológico y ritual. Y viceversa, todo rito tiende a extenderse con los elementos de cultura material necesarios para su aplicación<sup>97</sup>.

Los restantes materiales cerámicos, por el contrario, sufrirían un influjo mucho menor de los C.U., ya que dependerían de tradiciones locales de almacenamiento y de hábitos de comida, lo que explicaría su mayor arraigo local y, por consiguiente, la dualidad de tradiciones cerámicas que parece observarse. Esto es particularmente aplicable a la decoración cerámica pintada cuyo origen inmediato podría ser local, incluso meridional, y haberse utilizado en formas de C.U. dentro de este proceso de síntesis cultural, que explicaría igualmente su sistema decorativo.

En lo que respecta a los materiales metálicos, el problema es algo distinto, pues su difusión y expansión sólo puede explicarse por otros mecanismos. Uno sería aceptar la hipótesis de Schülle sobre la existencia de élites a caballo procedentes del área hallstática, o, mejor dicho, de las estepas euroasiáticas<sup>98</sup>, pero esta hipótesis exigiría no sólo su aparición conjunta sino la determinación de la zona originaria de agrupación de estos objetos así como de la vía o vías de llegada. Los datos arqueológicos no permiten hoy aceptarla.

Otra alternativa es comprender que todos estos objetos, junto a su carácter funcional como armas y como objetos utilitarios, poseen el claro carácter de objetos de prestigio, esto es, de resaltar el estatus social de su poseedor. Este hecho, evidenciado por su propia proporción minoritaria en el conjunto de los ajuares funerarios, permitiría encontrar para su aparición una explicación satisfactoria en la organización social.

Los C.U. del NE se caracterizan por un crecimiento demográfico que puede atribuirse a una más eficaz economía y organización social e ideológica con ella relacionadas. La introducción del arado y del carro, aunque no demostrados arqueológicamente, podrían suponer parcialmente la necesaria explicación.

En la evolución de los C.U. del NE se observa un progresivo aumento del tamaño de los poblados y necrópolis<sup>99</sup> resultado de su propio crecimiento y de la capacidad de transformar los substratos culturales precedentes, que quedan de hecho absorbidos, lo que evidencia la gran capacidad de asimilación y explica su ininterrumpida expansión.

A partir de los C.U. Recientes se observa una tendencia a poblados más estables y a necrópolis con un mayor ajuar, tendencia que continua en los C.U. del Hierro en los que, además, parece surgir una creciente diferenciación social, en cuanto que algunos pocos ajuares funerarios destacan por su mayor riqueza de los restantes.

Esto debe interpretarse tanto como consecuencia de una organización social con capacidad de mayor producción y concentración de riqueza, como de un desarrollo económico favorable que, al menos en los C.U. del NE, va unido a la aparición del fenómeno colonial, cuyo comercio dirigido a estas élites y aprovechado por ellas, tendría el efecto de reforzarlas y estabilizarlas<sup>100</sup>.

Dentro de esta estructura social que parece caracterizar los C.U. del Hierro, los mencionados elementos metálicos quedarían suficientemente explicados como elementos de estatus, deseables tanto por su funcionalidad práctica como por su significado social. Su introducción no obedecería necesariamente a la llegada de elementos humanos externos sino a la aparición de una determinada organización social o económica. Así quedaría resuelta la dificultad de trazar las vías de llegada conjunta de dichos elementos con grupos humanos, mientras que su aparición como ele-

<sup>97</sup> M. ALMAGRO GORBEA, 1977 p. 245, 249, 242; M. ALMAGRO GORBEA y R. OLMOS, 1981 p. 58.

<sup>98</sup> W. SCHÜLE, 1969 p. 41 s.

<sup>99</sup> G. RUIZ ZAPATERO, 1983.

<sup>100</sup> M. ALMAGRO GORBEA 1979 p. 101 s.

mentos de estatus se explicaría por un mecanismo de intercambio entre las élites sociales documentadas en los C.U. del NE de las fases del Hierro. Las fíbulas, los diversos tipos de adornos y las armas de prestigio pudieron no haberse introducido conjuntamente, sino por causas diversas dependientes del estatus social. Así se explican sus evidentes variaciones locales y, además, esta hipótesis permite comprender la no necesaria procedencia conjunta de todos los elementos que pueden tener orígenes y fechas de introducción diferentes dentro de un proceso no puntual sino continuo. Este tipo de proceso estaría bien atestiguado en fases más recientes de la Cultura Celtibérica como evidencia la ininterrumpida aparición y asimilación de elementos de origen foráneo, originarios tanto del mundo ibérico<sup>101</sup> como de la Cultura de La Tène<sup>102</sup>.

Este marco explicativo permite aclarar igualmente las semejanzas señaladas a veces entre ciertas tumbas de rico ajuar de algunas necrópolis de los C.U. del Hierro tales como Gran Bassin I y II<sup>103</sup>, Corno Lauzo<sup>104</sup>, Las Peyros<sup>105</sup>, Pech Maho<sup>106</sup>, Can Canys<sup>107</sup>, La Solivella<sup>108</sup>, Vallfogona de Balaguer<sup>109</sup>, San Antonio de Calaceite<sup>110</sup> etc. Los ajuares, por su variabilidad y marco cronológico, no se pueden interpretar como prueba del paso de una emigración, pero sí como manifestaciones de esta estructura socio-económica de los C.U. del Hierro que hemos señalado y que acabaría introduciéndose en la Meseta donde perduraría prácticamente hasta la conquista romana.

Esta hipótesis puede parecer más compleja que las hasta ahora propuestas, pero también resulta más eficaz en cuanto a que es más explicativa y mejor adaptada a los datos conocidos.

Su análisis lleva a plantear, un problema estrechamente conexo con el de los C.U.: la necesidad de

<sup>101</sup> Conviene distinguir los objetos importados, como falcatas, cerámicas de lujo, piezas de adorno, etc. (ALMAGRO GORBEA, 1978 p. 128; CUADRADO 1978) de los elementos locales de origen ibérico como la cerámica a torno (F. WATTENBERG, 1963; M. ALMAGRO GORBEA, 1978 p. 127 s.), la fíbula anular (CUADRADO, 1960) el alfabeto (TOVAR 1973) o la moneda (UNTERMANN, 1975) etc.

<sup>102</sup> Como las espadas rectas (W. SCHÜLE, 1969 p. 105) o las características fíbulas de pie vuelto (E. CABRÉ y J.A. MORÁN, 1979); P.F. STARY, 1982.

<sup>103</sup> M. LOUIS y O. y J. TAFFANEL, 1958 pp. 31-70.

<sup>104</sup> O. y J. TAFFANEL, 1960.

<sup>105</sup> Y. SOLIER y otros, 1976.

<sup>106</sup> Y. SOLIER, 1968.

<sup>107</sup> S. VILASECA, 1963.

<sup>108</sup> D. FLETCHER, 1965.

<sup>109</sup> W. SCHÜLE, 1969 p. 44 l. 179-182.

<sup>110</sup> J. CABRÉ, 1942a.

intentar explicar los elementos lingüísticos «celtas» e «indoeuropeos»<sup>111</sup> cuyo origen y expansión, como parece lógico, siempre se han relacionado con los elementos de cultura material aquí analizados.

La caída de las que en su momento brillantes tesis invasionistas de BOSCH GIMPERA<sup>112</sup>, integradoras de cultura material y lingüística, al no soportar el contraste con la creciente documentación arqueológica y lingüística, han llevado en la práctica a arqueólogos y lingüistas a trabajar de hecho independientemente desde entonces.

Pero no debe engañar esta compleja problemática: ni se puede aceptar una hipótesis lingüística que no asuma los datos arqueológicos, ni la Arqueología puede considerar demostrada una hipótesis que explique los elementos de cultura material si no explica paralelamente y de manera satisfactoria los datos lingüísticos conexos. Y se da por supuesto la independencia de ambos elementos culturales, independencia que no niega sino que supone una interconexión como ocurre con cualquier otro elemento o subsistema cultural<sup>113</sup>.

En esta línea, la hipótesis explicativa aquí apuntada para la cultura material puede ofrecer también un mejor marco explicativo para la interpretación de los datos lingüísticos.

Estos evidencian la aparición de «indoeuropeos» y «celtas», lo que quiere decir elementos lingüísticos indoeuropeos o célticos, *sin presuponer mecanismo de difusión alguno*. Si se desechan las tesis invasionistas, tan difíciles de mantener tanto teóricamente como por la documentación arqueológica, parecería más difícil explicar la aparición de los elementos lingüísticos. Pero hemos visto como las hipótesis alternativas a las tesis invasionistas resultan más complejas pero en todo caso son más convincentes, haciendo intervenir factores económicos, sociales, y, por que no, ideológicos, que conforman el complejo mecanismo de la evolución cultural.

Estas explicaciones alternativas más complejas que pueden explicar la aparición de los elementos de cultura material sin necesidad de recurrir a invasiones ni a movimientos de pueblos, también podrían ofrecer el marco explicativo adecuado para intentar establecer hipótesis válidas para el campo lingüístico. Hipótesis no simples, pero que por ello pueden adap-

<sup>111</sup> A. TOVAR, 1960; id. 1961; id. 1977; FAUST, 1975, etc.

<sup>112</sup> P. BOSCH GIMPERA 1932; id. 1939; id. 1945; id. 1951-3 etc.

<sup>113</sup> D.L. CLARKE 1978 p. 101 s. y 363 s.

tarse mejor al complejo problema de las «diversas invasiones» o estratos lingüísticos señalados por los filólogos.

En resumen, esta explicación alternativa supondría la posibilidad de propagación de los elementos lingüísticos por causas tan complejas y variadas como ocurre con los elementos de la cultura material, es más, plantean su propagación como uno más de los elementos que conforman una cultura entendida como un sistema interaccionado y de características politéticas.

Sobre esta base teórica la conveniencia de una más estrecha colaboración entre arqueólogos y filólogos no sólo es posible, sino que es necesaria para una total discusión y mejor comprensión de todos estos fenómenos culturales.

Aunque se escapa del marco estricto de esta ponencia, bastaría comparar el mapa de dispersión de alguno de los elementos de cultura material y de organización social de la Cultura Celtibérica con mapas lingüísticos, por ejemplo, de ciertos antropónimos «celtas»<sup>114</sup>.

La pertenencia a una misma unidad cultural parece evidente, como es lógico, pero este hecho no tiene porque suponer identidad de proceso, momento y vías de llegada. En consecuencia, la aparición y el desarrollo de los elementos de cultura material y lingüísticos, como los tecnológicos, sociales, etc. pueden y deben explicarse conjuntamente dentro del marco de interacción de todos los elementos del sistema cultural.

Estamos convencidos de que esta puede ser una importante labor para nuestro futuro inmediato.

También se han atribuido a los C.U. o culturas «hallstáticas» según la terminología de algunos autores, ciertos poblados, entre los que destaca por ser el más conocido el de Soto de Medinilla<sup>115</sup>, que puede utilizarse para designar el conjunto, cada día más numeroso, de poblados y otros elementos culturales relacionados<sup>116</sup> que parece oportuno denominar, por su personalidad cada día más evidente, como «Cultura de Soto de Medinilla».

Dicha atribución obliga a plantear su relación con los C.U. objeto de esta ponencia. La filiación de C.U.

<sup>114</sup> Compárese W. SCHÜLE, 1969 mapas 37, 42, 44, 50, etc., con M.L. ALBERTOS, 1976 p. 72, 73, 74, 77, etc.: M.L. ALBERTOS, 1975; M. FAUST, 1975.

<sup>115</sup> P. DE PALOL, 1961: P. DE PALOL y F. WATTENBERG, 1974, p. 181-195.

<sup>116</sup> P. DE PALOL y F. WATTENBERG, 1974 p. 28-37; R. MARTÍN VALLS y G. DELIBES DE CASTRO 1978; G. DELIBES y J. FERNÁNDEZ MANZANO 1983 pp. 51-2; A. ESPARZA, 1983 pp. 88-95.

de estos poblados se basaría esencialmente en la existencia de casas de adobe con paredes estucadas, a veces con pórtico y banco interior corrido, metalurgia de bronce y cerámicas pintadas y con formas características, como pies elevados, cuencos troncocónicos y urnas globulares de cuello vertical, materiales que se han atribuido a un Hallstatt B y C habiéndose relacionado con Cortes de Navarra II y III<sup>117</sup> y, por extensión, con los C.U. Pero aún aceptando la aparición de dichos materiales en ambos ambientes culturales e incluso su papel característico o relevante dentro de los mismos, esto no tiene por que suponer una identidad cultural ni una procedencia conjunta de todos los citados elementos.

Las cerámicas pintadas están atestiguadas en Sanchorreja<sup>118</sup>, Soto de Medinilla<sup>119</sup>, Castilfrío de la Sierra<sup>120</sup>, Riosalido<sup>121</sup>, Ecce Homo<sup>122</sup> y El Manzanares<sup>123</sup>. La supuesta relación de estas cerámicas con Cortes de Navarra permitió en su día plantear la hipótesis de su origen hallstático<sup>124</sup> pero, como se ha señalado a propósito de las necrópolis<sup>125</sup> los recientes hallazgos obligan a una revisión de estas ideas<sup>126</sup>, por lo que dichas cerámicas pueden perfectamente ir culturalmente asociadas a las casas redondas de indudable origen meridional<sup>127</sup>.

También es evidente la aparición de algunas formas cerámicas relacionadas con las de la fase inicial de las necrópolis celtibéricas. En Sanchorreja se conocen urnas de perfil en S<sup>128</sup> y más general es la tendencia a pies elevados y a cuencos troncocónicos, lo que permitiría la correlación entre necrópolis y poblados, pero actualmente ni uno sólo de los poblados de tipo Soto puede asociarse a una necrópolis, pues sólo conocemos referencias imprecisas y, por tanto, insuficientes.

<sup>117</sup> P. DE PALOL, 1974 p. 95-8; P. DE PALOL y F. WATTENBERG 1974, p. 34 y 191-2.

<sup>118</sup> J. MALUQUER DE MOTES, 1957.

<sup>119</sup> P. DE PALOL, 1974, p. 97; P. DE PALOL y F. WATTENBERG, 1974 p. 192.

<sup>120</sup> B. TARACENA, 1928 p. 19 f. 15.

<sup>121</sup> D. FERNÁNDEZ GALIANO, 1979.

<sup>122</sup> M. ALMAGRO GORBEA y D. FERNÁNDEZ GALIANO, 1980 p. 99.

<sup>123</sup> S. VALIENTE, 1973.

<sup>124</sup> J. MALUQUER DE MOTES, 1957; M. ALMAGRO GORBEA, 1969 p. 113.

<sup>125</sup> Vid. supra notas 69 a 79.

<sup>126</sup> M. ALMAGRO GORBEA 1977 p. 458-461.

<sup>127</sup> P. DE PALOL y F. WATTENBERG, 1974 p. 33; P. DE PALOL, 1974 p. 95-8; F. ROMERO, 1983.

<sup>128</sup> J. MALUQUER, 1958 a f. 14.

Pero aún sin valorar este argumento, en sí definitivo pues cada día es más difícil de explicar por falta de investigación, fuera de ciertas formas muy generales y de gran dispersión como las urnas en S o el cuerpo troncocónico con o sin pie señalado, resulta muy problemático establecer una filiación concreta. Esta, en todo caso, para las urnas de cuello vertical, apuntaría más hacia la Cultura de Cortes en el Ebro Medio que hacia los auténticos C.U., entendiendo por tales de los C.U. del NE. Este hecho resulta lógico en relación con el creciente peso del substrato local en la dispersión y evolución de las formas. Por lo tanto, considerar por dichas formas que los poblados tipo Soto corresponden a los C.U. plantea un problema terminológico, taxonómico y conceptual aún más grave que el ya señalado para el Ebro Alto y Medio en relación con los C.U. del NE. Lo mismo cabe decir respecto a la metalurgia del bronce. Aunque mal conocida es en general de tipo atlántico<sup>129</sup> tal vez incluso con influjos meridionales y en ella solo ciertos elementos como agujas de cabeza enrollada, etc.<sup>130</sup> pueden indicar, y no necesariamente<sup>131</sup>, relaciones con los C.U.<sup>132</sup>.

En este marco explicativo resulta interesante analizar la evolución cultural de ciertos poblados. Algunos, como el Cerro del Berrueco<sup>133</sup>, Sanchorreja<sup>134</sup>, Ecce Homo<sup>135</sup> etc., evidencian una continuidad ininterrumpida desde la Edad del Bronce y perduran en periodos muy posteriores, por lo que las cerámicas lisas o pintadas características de esta fase, que han solido pasar desapercibidas al ser difíciles de identificar si no aparece pintura o su forma completa, pueden interpretarse como adaptación en estos poblados de las modas cerámicas dominantes en ese periodo, que hay que suponer introducidas junto a otros elementos culturales conexos.

Otros poblados, tipo Soto de Medinilla, con sus casas de adobe redondas, revocadas y pintadas, con bancos corridos y murallas igualmente de adobe, pa-

recen en este aspecto responder a influjos o tradiciones de origen peninsular seguramente meridional<sup>136</sup>.

Resulta muy tentador, en el estado actual de la investigación, correlacionar estas casas con el origen apuntado para las cerámicas pintadas y, probablemente, con una amplia generalización de una tecnología del bronce, atestiguada por crisoles y moldes de barro<sup>137</sup>, de tipo y origen muy probablemente atlántico<sup>138</sup>, pero que pudo alcanzar el Valle del Ebro<sup>139</sup>. Cabe incluso, conjeturar su concreta procedencia del foco atlántico meridional del B.F. Tartésico, relación que se evidenciaría por la difusión meseteña de elementos como las fíbulas de codo o las armas de lengua de carpa de tipo Huelva y Ronda-Sa Idda, que a fines del B.F. aparecen por la Meseta caracterizando las últimas fases de la metalurgia del Bronce Final<sup>140</sup>. A dichos elementos se añadirían ciertas cerámicas originariamente procedentes de los C.U., pero correspondientes a formas de las fases evolucionadas, ya de los albores de la Edad de Hierro, probablemente procedentes de la Cultura de Cortes de Navarra en el Valle del Ebro con la que se evidencian mutuos contactos y un desarrollo paralelo, especialmente en el sistema económico<sup>141</sup>. Así se explicaría mejor no solo la compleja génesis, sino las características de la cultura material de estos poblados, que no se deben considerar pertenecientes a los C.U. y menos todavía al mundo hallstático, pues parecen reflejar una cultura peculiar, la Cultura de Soto de Medinilla, cuyos elementos serían de origen complejo y posteriores a la Cultura de Cogotas I que constituiría su sustrato precedente.

Así queda mejor explicada la cada día más frecuente aparición de elementos como cerámicas pintadas, casas redondas o moldes de arcilla para fundir bronce que se documentan no solo en la Meseta sino en el Valle del Ebro y el Noroeste, donde las casas redondas arraigaron definitivamente.

<sup>136</sup> P. DE PALOL y F. WATTENBERG, 1974 p. 81 s.; R. MARTÍN VALLS y F. DELIBES DE CASTRO 1978.

<sup>137</sup> Crisoles de Soto de Medinilla: P. DE PALOL, 1966 p. 30; y A.M. RAURET, 1976 p. 75 s.; Crisoles de Zorita: R. MARTÍN VALLS y G. DELIBES DE CASTRO, 1978 p. 224-7 f. 5-7; CRISOL DE LA CORONA: BSAA 1981 p. 175 n. 72; moldes de El Royo: J.J. EIROA, 1981, etc.

<sup>138</sup> M. ALMAGRO GORBEA, 1977 p. 107, f. 34.

<sup>139</sup> A.M. RAURET, 1976 p. 141.

<sup>140</sup> A. COFFYN, 1983 p. 225-6; RUIZ GÁLVEZ 1983 p. 270-322; DELIBES DE CASTRO y J. FERNÁNDEZ MANZANO, 1983 p. 46 s.

<sup>141</sup> P. DE PALOL y F. WATTENBERG, 1974 p. 193; J. MALUQUER, 1958 p. 141; M. HOPF 1973; M. HOPF, 1973.

<sup>129</sup> G. DELIBES DE CASTRO y J. FERNÁNDEZ MANZANO, 1983 p. 46 s.

<sup>130</sup> J. MALUQUER, 1958a f. 18. Otro ejemplar procede de Pedro Muñoz (ALMAGRO GORBEA, 1978 f. 21).

<sup>131</sup> Así los ejemplares del depósito de la Ría de Huelva. M. ALMAGRO 1958a, E1-36, n.º 229.

<sup>132</sup> G. RUIZ ZAPATERO, 1983, p. 942 s.

<sup>133</sup> J. MALUQUER 1958b.

<sup>134</sup> J. MALUQUER DE MOTES 1958a; GONZÁLEZ-TABLAS, 1983.

<sup>135</sup> M. ALMAGRO GORBEA y D. FERNÁNDEZ GALIANO 1980.

Un tercer tipo de poblado, entre los que cabe incluir la mayoría de los castros de zonas montañosas<sup>142</sup>, ofrecen un emplazamiento de características intencionalmente seleccionadas iniciando muchos su existencia en el momento de formación de la Cultura Celtibérica en un ambiente cultural paralelo a la Cultura de Soto de Medinilla a juzgar por las cerámicas y la metalurgia atribuible a su fase inicial<sup>143</sup>. Su aparición y desarrollo se debe explicar relacionados, no tanto por la llegada de nuevas gentes, sino por la necesaria adaptación a los cambios culturales producidos.

La existencia de fortificaciones<sup>144</sup>, en especial de piedra como mejor adaptación a su entorno, puede ser una tendencia general de estos poblados explicable como consecuencia, en última instancia, de la nueva organización socio-económica del territorio y de otras razones como una previsible tendencia al aumento de la presión demográfica.

Incluso los característicos caballos de frisia que ofrecen algunos de ellos<sup>145</sup> son un elemento que sólo puede haberse introducido y generalizado tras el previo desarrollo y generalización de la caballería y de su consiguiente aplicación a las tácticas guerreras, lo que está en relación con la existencia de élites ecuestres atestiguadas en los ajuares funerarios de las necrópolis celtibéricas, cuyo efecto sólo debió ser importante a partir de un monumento relativamente avanzado de la Cultura Celtibérica hacia las fases A-2 y B de SCHÜLE<sup>146</sup>. Por lo tanto, este caso puede considerarse un ejemplo interesante y gráfico para comprender la profunda interdependencia entre los elementos de cultura material y los aspectos sociales, económicos, etc., pero tampoco ninguno de estos elementos pueden ser atribuidos con un mínimo de propiedad a la Cultura de los C.U. La posibilidad de que futuros hallazgos cambien este panorama tampoco debe excluirse e incluso cabría apuntar la previsible aparición de cerámicas acanaladas de los C.U.. Recientes en un fe-

nómeno de hallazgos semejantes al documentado en el Levante y Sureste<sup>147</sup>, donde permiten suponer la penetración de pequeños grupos aislados en medio del sustrato cultural local. Estos tipos cerámicos ya están documentados en Bezas (Albarracín)<sup>148</sup>, El Berruoco<sup>149</sup> y un fragmento muy pequeño, y por tanto dudoso, apareció en el Ecce Homo<sup>150</sup>.

También el esclarecimiento de los llamados C.U. de Alpiarça<sup>151</sup> y de los restantes hallazgos portugueses relacionados<sup>152</sup> puede afectar a esta visión general que actualmente tenemos sobre esta problemática en la Península Ibérica, incidiendo lógicamente en la Meseta como zona de paso e hinterland de Portugal. Pero los datos son tan insuficientes que ni siquiera permiten una explicación paralela a la apuntada para los hallazgos del Sureste.

Por tanto, aún teniendo en cuenta que puedan producirse nuevos hallazgos, no parece que su incidencia en la periodización cultural de la Meseta vaya a ser significativa en cuanto a representar una fase o una facies cultural propia y característica de la auténtica cultura de los C.U.

Lo que se ha considerado hasta ahora como C.U. de la Meseta, en resumen, responde a elementos variados y de diverso origen que aparecen en el periodo complejo y todavía mal documentado que abarca desde el final de la Cultura de Cogotas I, en pleno B.F., y el inicio del desarrollo de las Culturas Celtibéricas.

En conclusión, como hemos anunciado al inicio de esta ponencia, en el actual estado de la investigación no parece acertado utilizar el término C.U. en la Meseta, donde el empleo cada vez más frecuente de esta terminología es, la mayoría de las veces, un desafortunado intento de evitar otras terminologías ya superadas como la de «céltico» o «hallstático», cada día más desacreditadas y en desuso por su falta de relación con los datos aportados por la investigación.

Al emplear de esta manera el término «C.U.» surge el mismo problema que si se usan los citados términos de «hallstático» o «céltico» y se incurre, además, en un nuevo error por la falsa equivalencia, al menos implícita, entre dichos términos y el de C.U.

<sup>142</sup> B. TARACENA, 1941 p. 45 s.; E. RODRÍGUEZ ALMEIDA, 1955; M. FERNÁNDEZ MIRANDA, 1972; F. ROMERO, 1984a; id. 1984.

<sup>143</sup> B. TARACENA, 1928 p. 19, f. 15; M. BELÉN y otros, 1978 f.; D. FERNÁNDEZ-GALIANO 1979; J.J. EIROA 1979; Id. 1981. J.J. VALIENTE, 1982; F. ROMERO, 1984; id., 1984a; G. RUIZ ZAPATERO, 1984; etc..

<sup>144</sup> B. TARACENA, 1941; G. RUIZ ZAPATERO, 1977; M. BELÉN y otros, 1978; etc.

<sup>145</sup> HARBISON, 1968; M. BELÉN y otros, 1978; A. ESPARZA, 1983a, p. 111.

<sup>146</sup> W. SCHÜLE, 1969 p. 127 y 165 s.

<sup>147</sup> Vid. supra, n. 39 a 43.

<sup>148</sup> T. ORTEGO, 1951 f. 23 p. 478.

<sup>149</sup> J. MALUQUER, 1958b f.

<sup>150</sup> M. ALMAGRO-GORBEA y D. FERNÁNDEZ-GALIANO, 1980 p. 104 f. 33.

<sup>151</sup> MENDES CORREA, 1935; G. MARQUES, 1972 p. 12 s.

<sup>152</sup> H. SCHUBART, 1971 f. 16.

Por tanto, los continuos hallazgos que tanta luz aportan a esta problemática exigen, ante todo, un objetivo análisis de todos los elementos culturales y de sus relaciones e interdependencias que permitan identificar las diversas entidades culturales y definir su personalidad y sus mutuas relaciones. Esta labor tiene que llevar conexas la asignación de una terminología, provisional o definitiva, pero acorde con los datos analizados para evitar los falsos conceptos y las visiones equivocadas que surgen del empleo de términos inadecuados o claramente superados por el avance de la investigación. Esta es la labor a la que quisiéramos haber contribuido con esta ponencia.

## Bibliografía

- AGUILERA Y GAMBOA, E. DE, 1909. El Alto Jalón. Madrid.
- AGUILERA Y GAMBOA, E. DE, 1916. Las necrópolis ibéricas (Asoc. Esp. Prog. Ciencias 2) Madrid.
- ALBERTOS, M.L. 1975. Organización suprafamiliar de la Hispania Antigua. Valladolid.
- ALBERTOS, M.L. 1976. La antroponimia prerromana de la Península Ibérica. Actas I Coloquio sobre lenguas y culturas prerromanas de la Península Ibérica. (Salamanca 1974) Salamanca p. 57-86.
- ALMAGRO BASCH, M. 1952. La invasión céltica en España (R. Menéndez Pidal, (Ed.) Historia de España I, 2) Madrid, 1952.
- ALMAGRO BASCH, M. 1958. Origen y formación del pueblo Hispano. Madrid.
- ALMAGRO BASCH, M. 1958a. Inventario Archeologica E.1 Depósito de la Ría de Huelva. Madrid, 1958.
- ALMAGRO BASCH, M. 1966. Sobre el origen posible de las más antiguas fíbulas anulares hispánicas, Ampurias 28 pp. 215-236.
- ALMAGRO GORBEA, M. 1969. La necrópolis celtibérica de Las Madrigueras (Carrascosa del Campo, Cuenca) Bibl. Praeh. Hisp. 10. Madrid.
- ALMAGRO GORBEA, M. 1973. Los campos de túmulos de Pajaroncillo (Cuenca) Exc. Arq. Esp. 83. Madrid.
- ALMAGRO GORBEA, M. 1977. El Pic dels Corbs y los Campos de Urnas del NE de la Península Ibérica. Saguntum P. L.A.V., 12 pp. 89-144.
- ALMAGRO GORBEA, M. 1977a. El Bronce Final y el Período Orientalizante en Extremadura. B.P.H. 14, p. 543.
- ALMAGRO GORBEA, M. 1978. La iberización de las zonas orientales de la Meseta. Ampurias 38-40, pp. 93-156.
- ALMAGRO GORBEA, M. 1979. Cerámica excisa en Sagunto. Una hipótesis sobre el origen de esta ciudad. Saguntum 14, pp. 97-207.
- ALMAGRO GORBEA, M. 1983. Colonizzazione e acculturazione nella penisola iberica. Forme di contatto e processi di trasformazione nella società antiche. Atti del convegno di Cortona 1981 (Coll. Ec. Fr. Roma 67) pp. 429-461.
- ALMAGRO GORBEA, M. 1983b. Pilares-estila ibéricos. Homenaje al Prof. M. Almagro-Basch. Madrid pp. 7-20.
- ALMAGRO GORBEA, M. 1983c. Pozo Moro. El monumento orientalizador, su contexto socio-cultural y sus paralelos en la arquitectura funeraria ibérica. Madr. Mit. 24, pp. 177-293.
- ALMAGRO GORBEA, M. y FERNÁNDEZ-GALIANO, D. 1980. Excavaciones en el Ecce Homo, Arqueología 2, p. 128.
- ALMAGRO GORBEA, M. y OLMOS ROMERA, R. 1981. Observation sur l'assimilation de l'iconographie classique d'époque préromaine dans la Péninsule Ibérique. Mythologie gréco-romaine, mythologies périphériques. Etudes d'iconographie (Coll. Int. CNRS n° 593. Paris pp. 57-62).
- ARGENTE OLIVER, J.L. 1974. Las fíbulas de la necrópolis celtibérica de Aguilar de Anguita. Trab. Preh. 31, pp. 143-216.
- ARTEAGA, O. 1976. La panorámica protohistórica peninsular y el estado actual de su conocimiento en el Levante Septentrional (Castellón de la Plana) Cuad. Preh. Arq. Castell. 3, pp. 173-194.
- ARTEAGA, O. 1978. Problemática General de la iberización en Andalucía Oriental y en el Sudeste de la Península. Ampurias 38-40, pp. 23-60.
- ARTEAGA, O. 1978a. Los Pirineos y el problema de las invasiones indoeuropeas. Els Pobles Pre-romans del Pirineu (2 Col·loqui Int- d'Arq. de Puigcerda 1976) Barcelona 1979, pp. 9-30.
- ARTEAGA, O. 1980. Las primeras fases del poblado de Los Saladares (Orihuela, Alicante) Ampurias 41-2, pp. 65-137.
- AUBET, M.E. 1981. La necrópolis de Setefilla en Lora del Río (Sevilla) Túmulo A. (J. MALUQUER y M.E. AUBET (Ed): Andalucía y Extremadura) Barcelona.
- BELDA, 1963. Un nuevo campo de urnas al Sur del Tajo. Ampurias 25, pp. 198-201.
- BELÉN, M., BALBÍN, R., FERNÁNDEZ-MIRANDA, M. 1978. Castilviejo de Guijosa (Sigüenza) Wad-Al-Hayara 5, pp. 63-87.
- BELTRÁN MARTÍNEZ, A., 1960. La indoeuropeización del Valle del Ebro. I Simp. Int. Preh. Pen. Pamplona (1959).
- BELTRÁN MARTÍNEZ, A. 1978. De Arqueología Aragonesa. Zaragoza.

- BLANCO FREIJEIRO, A. 1959. *Orientalia II: II Datos complementarios para la cronología. Secuencia de materiales en el Alto Guadalquivir*. Arch. Esp. Arq. 33, pp. 26-34.
- BLOT, J. 1979. Les rites d'incineration en Pays Basque durant la préhistoire. *Munibe* 31, pp. 219-236.
- BOSCH-GIMPERA, P. y KRAFT, G. 1928. Zur Keltenfrage. *Kossina-Festschrift* (Ma. Erg. 6) p. 285 s.
- BOSCH-GIMPERA, P. 1921. Los celtas y la civilización céltica en la Península Ibérica. *Bol. Soc. Esp. Exc.* 29.
- BOSCH-GIMPERA, P. 1922. Ensayo de una reconstrucción de la Etnología Prehistórica de la Península Ibérica. Santander.
- BOSCH-GIMPERA, P. 1922a. Die Kelten und die Keltische Kultur in Spanien. *Ma. Bibl.* 22, p. 33 s.
- BOSCH-GIMPERA, P. 1932. Etnología de la Península Ibérica. Barcelona.
- BOSCH-GIMPERA, P. 1933. Los Celtas en Portugal y sus caminos. Homenaje a Martins Sarmiento. *Guimaraes 1933*, pp. 54-72.
- BOSCH-GIMPERA, P. 1935. Los celtas de la cultura de las Urnas en España. (Homenaje a J.R. Mélida). *Rev. Arch. Bibl. Mus.* 3, pp. 1-41.
- BOSCH-GIMPERA, P. 1939. Two celtic waves in Spain. Sir J. Rhys Memorial Lecture, British Academy 1939 London.
- BOSCH-GIMPERA, P. 1941. Les Celtes et la Civilisation des Urnes en Espagne. *Préhistoire* 8, pp. 121 s.
- BOSCH-GIMPERA, P. 1945. El poblamiento antiguo y la formación de los pueblos de España. México.
- BOSCH-GIMPERA, P. 1951 y 3. Les mouvements celtiques. Essai de reconstitution. *Études Celtiques* 5 y 6, pp. 352-400 y 71-177.
- BOSCH-GIMPERA, P. 1953. Las urnas del Boverot (Almazora, Castellón) y las infiltraciones célticas en tierras valencianas. *Arch. Preh. Lev.* 4, pp. 187-193.
- BOSCH-GIMPERA, P. 1960. El problema indoeuropeo. México, 1960.
- BOSCH-GIMPERA, P. 1974. Paletnología de la Península Ibérica. Graz.
- BOSCH-GIMPERA, P. 1975. Prehistoria de Europa. Madrid.
- CABRE, E. y MORÁN, J.A. 1979. Ensayo tipológico de las fíbulas con esquema de La Tène en la Meseta Hispánica. *Bol. Asoc. Esp. Amigos Arq.* 11-12, pp. 10-26.
- CABRÉ AGUILO, J. 1942. El rito céltico de incineración con estelas alineadas. *Arch. Esp. Arq.* 15, p. 339 s.
- CABRÉ AGUILO, J. 1942a. El thymaterion céltico de Calaceite. *Arch. Esp. Arq.* 15, pp. 181-198.
- CANER, E. 1983. Fibeln in Anatolien I. *PBF*, XIV, 8. München.
- CASTIELLA, A. 1977. La Edad del Hierro en Navarra y Rioja. Pamplona.
- CERDEÑO SERRANO, M.L. 1978. Los broches de cinturón peninsular de tipo céltico. *Trab. Preh.* 35, pp. 279-306.
- CERDEÑO SERRANO, M.L. 1979. La necrópolis céltica de Sigüenza (Guadalajara) *Wad-Al-Hayara* 6, pp. 49-75.
- CERDEÑO SERRANO, M.L. 1981a. La necrópolis de Molina de Aragón. *Wad-Al-Hayara* 8, pp. 9-84.
- CERDEÑO SERRANO, M.L. 1981. Sigüenza: enterramientos tumulares en la Meseta Oriental. *Not. Arq. Hisp.* 11, pp. 189-208.
- CERDEÑO SERRANO, M.L. 1983. Nuevos ajuares de la necrópolis de Molina de Aragón (Guadalajara) *Wad-Al-Hayara*, 10, pp. 283-294.
- CLARKE, D.L. 1978. *Analytical Archaeology* (2 Ed.). London.
- COFFYN, A. 1974. Les épées à antennes du Sud de la France. *Rev. Hist. et Archeol. du Libournais* 42, 152, pp. 63-71.
- COFFYN, A. 1983. Le Bronze Final Atlantique dans la Péninsule Ibérique. Bordeaux.
- COURTOIS, J.C. 1976. La période de transition entre la fin de l'Age du Bronze et le début de l'Age du Fer: perennité des Champs d'Urnes au premier Age du Fer dans le Midi de la France *VISPP IX Congr. Colloque XXV Les Champs d'Urnes dans le Midi de la France*. Prétrriage Niza, pp. 21-45.
- CUADRADO, E. 1960. Fíbulas anulares típicas del Norte de la Meseta Castellana. *Arch. Eso. Arq.* 32, pp. 64-97.
- CUADRADO, E. 1963. Precedentes y prototipos de la fíbula anular hispánica. *Trab. Preh.* 7. Madrid.
- CUADRADO, E. 1968. Excavaciones en la necrópolis celtibérica de Riba de Saelices (Guadalajara) *Exc. Arq. Esp.* 60. Madrid.
- CUADRADO, E. 1978. Influencia de la iberización en el interior peninsular. *Ampurias* 38-40, pp. 327-330.
- DECHELETTE, J. 1912. Les fouilles du Marquis de Cerralbo. *Comptes rendues Ac. Ins B.-L.* 1912, pp. 433-43.
- DECHELETTE, J. 1927. Premier Age du Fer ou époque de Hallstatt (Manuel d'Archéologie préhistorique, celtique et gallo-romaine III) Paris, 1927.
- DELIBES DE CASTRO, G. y FERNÁNDEZ MANZANO, J. 1983. Calcolítico y bronce en tierras de León. *Lancia I. Cántabros y Astures* pp. 19-82.
- EIROA, J.J. 1979. Aspectos urbanísticos del castro hallstático de El Royo (Soria). *Rev. Invest. Colegio Univ. Soria*, p. 81 s.
- EIROA, J.J. 1981. Moldes de arcilla para fundir metales procedentes del Castro Hallstático de El Royo (Soria) *Zephyrus* 32-33, pp. 181-193.

- ESPARZA AROYO, A. 1983. Problemas arqueológicos de la Edad del Hierro en el Territorio Astur. *Lancia I. Cántabros y Astures*, pp. 83-101.
- ESPARZA AROYO, A. 1983a. Sobre el límite oriental de la Cultura Castreña. II Seminario de Arqueología del Noroeste. Santiago de Compostela, 1980. Madrid, p. 103-19.
- FAUST, M. 1975. Die Kelten auf der Iberischen Halbinsel: Sprachliche Zeugnisse. *Madr. Mit.* 16, p. 195-207.
- FERNÁNDEZ-GALLANO, D. 1979. Notas de prehistoria Saguntina. *Wad-Al-Hayara* 6, pp. 9-48.
- FERNÁNDEZ MIRANDA, M. 1972. Los Castros de las Culturas de los Campos de Urnas en la provincia de Soria. *Celtiberia* 43, pp. 29-60.
- FERRER, J. 1977. La necrópolis megalítica de Fonelas (Granada). El sepulcro «Domingo 1» y sus niveles de enterramiento. *Cuad. P. U. Granada* 2, pp. 173-211.
- FLETCHER, D. 1965. La necrópolis de la Solivella (Alcalá de Chivert). *Serie Trab. Varios* 32. Valencia.
- FLETCHER, D. y otros. 1978. La iberización en el País Valenciano. *Ampurias* 38-40, pp. 75-92.
- GALÁN, C. 1980. Memoria de la primera campaña de excavaciones en la necrópolis de El Navazo. La Hinojosa (Cuenca), 1976. *Not. Arq. Hisp.* 8, pp. 141-209.
- GONZÁLEZ PRATS, A. 1983. Estudio del poblamiento antiguo de la Sierra de Crevillente (Alicante) (Lucentum Anejo I). Alicante.
- GARCÍA GUINEA, M.A. y SAN MIGUEL, J.A. 1964. Poblado Ibérico de El Macalón (Albacete) 2ª Campaña (Exc. Arq. Esp. 25) Madrid.
- GIL MASCARELL, M. 1981. Bronce Tardío y Bronce Final en el País Valenciano. Valencia.
- GIRY, P. 1974. La nécropole préromaine de Saint-Julien (Pezenas, Hérault) *Rev. Et. Ligures* 30, 1-2, pp. 117-238.
- GONZÁLEZ TABLAS, F.J. 1983. Los Castillejos de Sanchoerreja y su incidencia en las culturas del Bronce Final y de la Edad del Hierro de la Meseta Norte. Salamanca.
- GUILAINE, J. 1972. L'Age du Bronze en Languedoc Occidental, Roussillon, Ariège. Paris.
- GUILAINE, J. (Ed.) 1976. La Prehistoire Française. Les civilisations néolithiques et protohistoriques de la France. Paris.
- HARBISON, P. 1968. Castros with chevaux-de-frise in Spain and Portugal. *Madr. Mit.* 9.
- HOGG, A.H.D. 1957. Four Spanish Hill-Forts. *Antiquity* 121 pp. 25-32.
- HOPF, M. 1973. Pflanzenfunde aus Nordspanien. Cortes de Navarra-El Soto de Medinilla. *Madr. Mit.* 14 pp. 133-142.
- KILIAN-DIRLMEIER, I. 1972. Gürtelhaken, Gürtelbleche und Blechgürtel der Bronzezeit in Mitteleuropa PBF XII, 2 München.
- KIMMIG, W. 1954. Zur Urnenfelderkultur in Südwesteuropa *Festschrift für P. Goessler*. Stuttgart pp. 41-98.
- KRAFT, G. 1930. Urnenfelder in Westeuropa. *Bonn Jahrb* 134, pp. 47 s.
- LOUIS, M., TAFFANEL, O. y J., 1955-58-60. Le premier âge du Fer Languedocien I, II, III. Bordighera-Montpellier.
- MALUQUER DE MOTES, J. 1946. Las culturas hallstáticas en Cataluña. *Ampurias* 7-8.
- MALUQUER DE MOTES, J. 1957. La cerámica pintada hallstática del nivel inferior del Castro de Sanchoerreja (Ávila). *Zephyrus* 8, pp. 286-7.
- MALUQUER DE MOTES, J. 1957a. La necrópolis de la Edad del Hierro de «La Torraza» en Valtierra (Navarra) *Príncipe de Viana* 14, pp. 243-269.
- MALUQUER DE MOTES, J. 1958. El poblado hallstático de las Cortes de Navarra. Pamplona.
- MALUQUER DE MOTES, J. 1958a. El Castro de Los Castillejos en Sanchoerreja. Ávila-Salamanca.
- MALUQUER DE MOTES, J. 1958b. Excavaciones arqueológicas en el Cerro del Berrueco (Salamanca) (*Acta Salmanticensis* 14) Salamanca.
- MALUQUER DE MOTES, J. 1971. Late Bronze and Early Iron in the valley of the Ebro. The European Community in the Later Prehistory. London pp. 105-120.
- MALUQUER DE MOTES, J. y VÁZQUEZ DE PARGA, L. 1957. Avance al estudio de la necrópolis de la Atalaya, Cortes de Navarra. *Exc. Arq. en Navarra* 5. Pamplona.
- MARQUES, G. 1972. Arqueología de Alpiarça. As estações representadas no Museu do Instituto de Antropologia do Porto. *Trab. Inst. Antr. Dr. Mendes Correa* 13. Porto.
- MARTÍN VALLS, R. y DELIBES DE CASTRO, G. 1978. Die Hallstattzeitliche Siedlung von Zorita bei Vitoria la Bueña (Prov. Valladolid. *Madr. Mit.* 19, pp. 219-230).
- MARTÍNEZ SANTA-OLALLA, J. 1946. Esquema paleontológico de la Península Hispánica 2. Madrid.
- MENDES CORREA, A.A. 1935. «Urnenfelder» de Alpiarça. *Anuario Preh. Madrileña* 4-6, p. 125 s.
- MILLÁN, C. 1961. Vaso funerario de Cástulo. V Int. Kongress Vor-und Frühgeschichte. Hamburg 1958, pp. 544 l. 18, 1.
- MOHEN, J.P. 1980. L'Age du Fer en Aquitaine du VIII<sup>e</sup> au III<sup>e</sup> siècle avant Jesus-Christ (MSPF 14) Paris.
- MOLINA, F. 1977. La Cultura del Bronce Final en el Sudeste de la Península Ibérica. Tesis Doctorales de la Universidad de Granada, 178, p. 19.
- MOLINA, F. 1978. Definición y sistematización del Bronce Tardío y Bronce Final en el Sudeste de la Península Ibérica. *Cuad. Preh. Univ. Granada* 3, pp. 159-232.

- MOLINA, F. y NÁJERA, T. 1978. Die Motillas von Azuer und Los Palacios (Prov. Ciudad Real) Madr. Mitt. 19, pp. 52-74.
- MOROTE, G. 1981. Una estela de guerrero con espada de antenas en la necrópolis ibérica de Altea La Vella (Altea, Alicante) Arch. Preh. Lev. 16, pp. 417-446.
- ORTEGO, T. 1951. Prospecciones arqueológicas en «Las Tajadas» de Bezas (Teruel) Arch. Esp. Arq. pp. 455-486.
- OSUNA, M. y REMESAL, J. 1980. La necrópolis de Boliche (Villaricos, Almería) Arch. Preh. Lev. 16, pp. 373-416.
- PALOL, P. DE, 1958. La necrópolis hallstática de Agullana (Bibl. Prae. Hisp. I) Madrid.
- PALOL, P. DE, 1961. Nuevos datos para el estudio de la Edad del Hierro en la Cuenca Media del Duero. V Int. Kongress für Vor-und Frühgeschichte. Hamburgo pp. 645-648.
- PALOL, P. DE, Estado actual de la investigación en la Meseta. IX Congr. Nac. Arq.
- PALOL, P. DE y WATTENBERG, F. 1974. Carta arqueológica de España. Valladolid.
- PALOL, P. DE 1974. Álava y la Meseta Superior durante el Bronce Final y Primer Hierro. Est. Arq. Alavesa 6, pp. 91-100.
- PÉREZ DE BARRADAS, J. 1934. La primera invasión celta en la Meseta Central Española. Atlantis XIII.
- PERONI, R. y otros, 1976. Sulla cronologia dei «Campi di Urne» della Linguadoca. Riv. Scienza Preistoriche 31,1, pp. 245-82.
- RAURET, A.M. 1976. La metalurgia del bronce en la Península Ibérica durante la Edad del Hierro. Barcelona.
- RODRÍGUEZ ALMEIDA, E. 1955. Contribución al estudio de los castros abulenses. Zephyrus 6, pp. 258-271.
- ROMERO CARNICERO, F. 1980. Notas sobre la cerámica de la Primera Edad del Hierro en la Cuenca Media del Duero. BSAA 46, pp. 137-153.
- ROMERO CARNICERO, F. 1983. Novedades arquitectónicas de la cultura castreña soriana: la casa circular del castro de Zarranzano. Actas 1<sup>er</sup> Symposium de Arqueología Soriana. Soria, p. 187-210.
- ROMERO CARNICERO, F. 1984a. La Edad del Hierro en la provincia de Soria. Estado de la Cuestión. Actas 1<sup>er</sup> Symposium de Arqueología Soriana. Soria. p. 51-121.
- RUIZ GÁLVEZ, M. 1980. Consideraciones sobre el origen de los puñales de antenas gallego-asturianos. Actas I Seminario de Arqueología de Noroeste Peninsular. Guimarães.
- RUIZ GÁLVEZ, M. 1983. La Península Ibérica y sus relaciones con el Círculo Cultural Atlántico. Tesis Doctoral Universidad Complutense. Madrid.
- RUIZ ZAPATERO, G. 1983a. Los Campos de Urnas del NE de la Península Ibérica. Tesis Doctoral Univ. Complutense. Madrid.
- RUIZ ZAPATERO, G. 1983b. Modelos teóricos de invasiones/migraciones en Arqueología Prehistórica. Información arqueológica 41, pp. 143-157.
- RUIZ ZAPATERO, G. 1984. Cogotas I y los primeros «Campos de Urnas» en el Alto Duero. Actas 1<sup>er</sup> Symposium de Arqueología Soriana. Soria. p. 169-185.
- SÁNCHEZ MESEGUER, J. 1969. El método estadístico y su aplicación al estudio de materiales arqueológicos. (Informes y trabajos del ICRAAR, 9) Madrid.
- SANDARS, N. 1957. Bronze Age Cultures in France. Cambridge.
- SAVORY, H.N. 1968. Spain and Portugal. London.
- SCHANER, P. 1975. Beginn und Dauer der Urnenfelderkultur in Südfrankreich. Germania, 53.
- SCHÜLE, W. 1969. Die Meseta-Kulturen der Iberischen Halbinsel (Madr. Forsch 3) Berlin.
- SCHUBART, H. 1971. Acerca de la cerámica del Bronce Tardío en el Sur y Oeste Peninsular. Trab. Preh. 28, pp. 153-182.
- SCHUBART, H. 1975. Die Kultur der Bronzezeit im Südwesten der Iberischen Halbinsel (Madr. Forsch. 9) Berlín.
- SIRET, E. y L. 1890. Las Primeras Edades del Metal en el Sudeste de España. Barcelona.
- SIRET, L. 1893. L'Espagne Préhistorique. Rev. questions scientifiques (Bruselas) pp. 5-78.
- SIRET, L. 1913. Questions de Chronologie et d'Ethnographie ibériques. Paris.
- SIRET, L. 1908. Villaricos y Herrerías. Mem. R.H.A. 14.
- SOLIER, Y. 1968. Une tombe de chef à l'oppidum de Pech-Maho (Sigean, Aude) Rev. Arch. Narb. 1, pp. 7-37.
- SOLIER, Y., RANCOULE, G. y PASSELAC, M. 1976. La nécropole de «Las Peyros» VI<sup>e</sup> siècle av. JC. a Couffoulens (Aude) Rev. Arch. Narb. Suppl. 6, Paris.
- STARY, P.F. 1982. Keltische waffen auf der Iberischen Halbinsel. Madr. Mit. 23 p. 114-144.
- TAFFANEL, O. y J. 1960. Deux tombes de chefs à Mailhac. Gallia 18, 1 1-37.
- TARACENA, B. 1928. Excavaciones en las provincias de Soria y Logroño. Mem. Junta Sup. Exc. Ant. 103. Madrid.
- TARACENA, B. 1941. Carta arqueológica de Soria. Madrid.
- TOVAR, A. 1960. Lenguas prerromanas de la Península Ibérica. B. Lenguas indoeuropeas. 1. Testimonios antiguos. Enciclopedia Lingüística Hispánica I. Madrid, pp. 101-126.
- TOVAR, A. 1961. The Ancient Languages of Spain and Portugal. New York.

- TOVAR, A. 1977. Indogermanisch, Keltisch, Keltiberisch. K.H. Schmidt y R. Ködderitzsch (Ed) Indogermanisch und Keltisch. Kolloquium der Indogermanischen Gesellschaft. Wiesbaden.
- TOVAR, A. 1973. Las inscripciones de Botorrita y Peñalva de Villastar y los límites orientales de los celtíberos. *Hispania Antiqua* 3, pp. 367-405.
- UNTERMANN, J. 1975. *Monumenta Linguistica Hispana I Münzlegenden*. Wiesbaden.
- VALIENTE MELLA, J. 1982. Cerámicas grafitadas de la comarca saguntina. *Wad-Wal-Hayara* 9, pp. 117-135.
- VALIENTE, S. 1973. Nuevo yacimiento de cerámica pintada de la I Edad del Hierro en España. XII Congr. Nac. Arq. Jaén, 1971 (Zaragoza) p. 333 s.
- VILASECA, S. 1947. El campo de urnas de los Obagues de Montsant y la evolución de la cultura de urnas en el sur de Cataluña. *Arch. Esp. Arq.* 66.
- VILASECA, S. 1963. La necrópolis de Can Canys (Trab. Preh. 9) Madrid.
- VILASECA, P. 1973. Reus y su entorno en la Prehistoria. Reus.
- WATTENBERG, F. 1963. Las cerámicas indígenas de Numancia. *Bibl. Praeh. Hisp.* 4. Madrid.